XXX Domingo Tiempo ordinario

Jeremías 31,7-9; Hebreos 5,1-6; Marcos 10, 2-16; Marcos 10,46-52

«Jesús le dijo: - Anda, tu fe te ha curado. Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino»

24 octubre 2021 P. Carlos Padilla Esteban

«He descubierto a Dios en la carne humana, tantas veces. Escondido, agazapado, esperando. Me ha llamado a ser sus ojos, yo que nada veo. A ser su voz, yo que no sé hablar. A ser sus manos»

Normalmente me parece injusto lo que no me conviene. Suele llegar demasiado tarde lo que es bueno para mí. Tal vez me pilla de sorpresa lo que no me gusta. Porque no lo deseo, porque no lo amo. A menudo trato de descifrar las huellas que Dios me deja ocultas ante mis ojos para que pueda seguir sus pasos. Pero tengo que reconocer que no hay certezas absolutas y tengo siempre dudas. Solo logro intuiciones que lanzo al aire buscando encontrar el camino exacto, siempre con miedo a equivocarme. Amenazan los vientos con cortar la racha, con frenar mi carrera. Y me dispongo a emprender un camino a una velocidad prudente, para no alterar nada de lo que observo. Espero conseguir cada mañana el fruto de toda mi entrega. Como un loco suicida que no sabe bien lo que le conviene. Me empeño en cometer pecados casi a la fuerza, incluso contra mi voluntad. Y cada pecado se clava en mí con un dejo de nostalgia y mucha culpa. Y me hace sentir que no puedo evitarlo. ¿Cómo se puede borrar de golpe todo el mal que hecho? ¿Cómo puedo perdonar a otros si a mí mismo no me perdono? Imposible borrar todo lo que he hecho. Imposible olvidarlo, siento la herida. Quedan grabadas en mi memoria cada una de mis acciones, de mis decisiones, de mis pasos. No me importa recordar mi historia porque sé que es sagrada, para Dios seguro y después de todo no hay nada tan importante como vivir la vida con alegría. Y eso es lo que hecho la mayor parte de las veces. No han podido conmigo ni la nostalgia ni la tristeza. No me han vencido las lágrimas ni la rabia. Me he sobrepuesto a los desengaños y a las derrotas. Y he alzado los ojos al cielo buscando más que respuestas una mirada comprensiva de Dios y un fuerte abrazo. He esperado siempre en la esquina del camino a ver qué sucedía, a ver quién llegaba, a ver quién pasaba. Me he dispuesto a emprender caminos imposibles a los que Dios me llamaba, cortando amarras, levando el ancla. Sin miedo y sin dudas. Al fin y al cabo la esperanza es lo último que se pierde, lo que me queda al pasar página. Tengo prendido en mi alma un canto que se repite una y otra vez dando gracias. Estoy dispuesto a luchar cada día para alegrar la vida, la mía y la de otros. No me sorprende que el pesimismo se adueñe de muchos corazones, son tiempos sombríos. Pero sé también que detrás de cada mal hay un bien posible a punto de estallar debajo de la tierra. He descubierto mil voces que me son familiares. Y la llevo grabadas para no olvidarlas aunque a veces los rostros me bailen y no los reconozca. Pero no me olvido de los corazones confiados que se entregaron un día o muchos. No olvido las raíces hondas que se adentran en mi alma. Son mis raíces, son mis amores tejidos en la piel por dentro. He comenzado de nuevo a dibujar en un papel en blanco las cimas que sueño. Siempre me ha gustado pintar con colores suaves la tez del mundo. Me alegran esas voces que dan los que más quieren, los que más sueñan. Creo que detrás de un sí perpetuo y para siempre se esconde un corazón de niño confiado. Un corazón que no teme a la vida ni a sus desengaños. He aprendido a descubrir detrás de unas lágrimas el miedo y la tristeza. O solo la emoción al encontrar en el corazón eco por lo que observo. Una risa puede ser sincera o estar llena de mentiras. Todo depende. Y he aprendido a vivir disfrutando lo que me toca, dándole a Dios lo que llevo en mis ojos. He aprendido a sentir que todo lo que me pasa tiene un valor y un sentido. He dejado de lamentarme y de quejarme cuando las cosas no tienen el color que yo esperaba. De nada sirven mis lágrimas ante la leche derramada. Quiero aceptar las circunstancias con alegría. Y sé que detrás de mis sueños se esconde el paraíso. Me gustan los abrazos y las miradas sinceras. Las sonrisas y las carcajadas de niño. Y reconozco a las personas que tienen paz en el alma, aunque su mundo tiemble. Me gustan los que sueñan aunque parezca imposible lograr lo soñado. Y he descubierto en la

amistad un valor único y sincero. Nada puede enturbiar la confianza. El amor es para siempre y no vivo cuestionándolo. Acepto los errores como parte del camino. No pongo en duda todas las cosas vividas. Me gusta caminar sin perder el aliento. Y entiendo que detrás de cada esfuerzo hay una pequeña recompensa. Creo en el mañana como esa oportunidad que Dios me regala para empezar de nuevo. Y acepto que en las guerras no se ganan todas las batallas. Me mira Dios agradecido por todo lo que me regala. **Aunque tenga miedo a perder, no por eso dejo de abrazarlo.**

Si permanezco en soledad me seco. Si me abro a mi hermano se ensancha el corazón. La comunión me acerca al diferente, me une, me ata. Pero no tiendo a la unidad por naturaleza. Más bien es todo lo contrario. Tiendo a acentuar lo mío, lo propio. Me miro en mi verdad, descubro mi identidad y opto por ella. Decido que quiero cuidar lo mío, lo propio. Por encima de otros, sin importarme tanto sus inquietudes, sus miedos, sus caminos. Sé que aceptar la verdad de mi hermano supone dar un salto de confianza. Y no sé hacerlo, porque antes que su bienestar elijo el mío. Antes que su verdad, vence la mía. Antes que su futuro prefiero el mío. ¿Cómo podré renunciar a mí mismo por esa unidad que me perjudica? Sí, la comunión me hace vivir confuso en medio de la vida. Me siento solo y abandonado en medio de una muchedumbre. Busco mi camino y temo un desenlace que me perjudique. Siento que la soledad me beneficia. Por eso acentúo las diferencias y me quedo con lo que me separa de mi hermano. Mis críticas y mis juicios interiores me alejan de mi prójimo. Mis sentimientos inconfesados. La comunión exige una renuncia. No a la individualidad, porque nunca dejaré de ser yo, único e inconfundible. No seré parte de una masa. O una pieza más en un engranaje perfecto. No soy parte de una máquina. Soy yo mismo con otros. Como decía el P. Kentenich: «*Fundar una comunidad cuyos miembros hagan por íntima convicción lo que es correcto. Ser bueno desde lo hondo de uno mismo; ser bueno cuando otros me ven y cuando estoy a solas: siempre he de tener la misma personalidad*»[1]. Hacer las cosas no porque otros también las hagan. Sino porque estoy convencido y creo en lo que hago. No me dejo llevar por la masa. Pero integro a todos en un sueño común. No sólo a los que son como yo o piensan lo mismo. Sino a todos, en una comunidad de corazones. Es difícil amar de esa forma, soñar de esa manera. Me gusta la comunión, la unidad, como en una pintura uniendo colores diferentes. En una comida con distintos ingredientes. La suma de todo da algo nuevo, diferente y único. Todo se une en un camino de esperanza. Asumo lo que me corresponde y lo pongo al servicio del todo. Acepto mis opciones, mis elecciones y mi realidad. Le doy un sí a la vida que se despliega ante mis ojos. No me siento turbado ante todo lo que sucede a mi alrededor. Es más fácil desunir que unir. Más fácil sembrar la guerra que construir la paz. Es más sencillo hablar mal de los demás, mucho más fácil que elogiar. Así transcurre la vida. Sueño con una familia y alejo de mí a los que me aman. El pecado divide, siempre lo hace. Me miro mal cada vez que me ensucio y no creo en el perdón ni en la misericordia. Es fácil sembrar desesperanza, mucho más que construir un sueño nuevo que encienda y alegre los corazones. Quiero componer melodías que construyan un mundo nuevo, una nueva comunidad: «*La música abre el corazón y cierra las heridas*»[2]. Canciones que hablen de la luz y la esperanza. Que hablen de la paz y la aceptación. Que alaben a Dios por todo el bien que me ha hecho. Cantar las alegrías de Dios, cantar la gratitud que llevo dentro del alma. Y renunciar a algo. Sí. Necesito renunciar a mi orgullo y a mi vanidad. A mis caprichos, a mis sueños propios y egoístas. Renunciar a mí mismo para que crezca el otro aunque yo disminuya. No importa que yo sea menos. Me importa más que la familia crezca en hondura, en verdad. Asumo la misión de la que habla el Papa Francisco: «*Es verdad que una tragedia global como la pandemia de Covid-19 despertó durante un tiempo la consciencia de ser una comunidad mundial que navega en una misma barca, donde el mal de uno perjudica a todos. Recordamos que nadie se salva solo, que únicamente es posible salvarse juntos*»[3]. Una misma barca con sus remos, con su ancla. Un mismo mar con sus olas y sus miedos. Un mismo pasado y un presente, un futuro que da miedo. Un puerto, un lugar tranquilo donde echar el ancla con el que el corazón sueña. Un mar lleno de olas y de vientos, de negra noche, lo mismo para todos. La misma luz de estrellas y de luna. Una barca en la que todos soñemos con nuevas playas, nuevas formas de hacer las cosas. No con hacerlo siempre todo igual, más aún cuando el presente no es perfecto, ni tampoco el pasado. Pero el futuro se abre con la

[1] *Kentenich Reader Tomo 2: Estudiar al Fundador* de Peter Locher, Jonathan Niehaus
[2] Paloma Sánchez- Garnica, *La sospecha de Sofía*
[3] Papa Francisco, *Encíclica Todos hermanos*

posibilidad de construir un mundo nuevo, unido, en paz, en comunión. Un milagro del Espíritu. El mal siempre divide y separa. El bien suma, integra, acepta al diferente y lo llama hermano. Así quiero vivir yo en una familia sin críticas ni condenas. Sin rechazo ni olvido. **Esa comunión es la que sueña el alma cada día. Se despierta y navega, mar adentro.**

No sabría decirte si puedo navegar siempre contento. No sabría contarte si puedo ser siempre sincero. A menudo dudo de mi capacidad para entregar la vida. Y siento que mi egoísmo es más fuerte que mi altruismo. Sí que estoy enamorado de la vida y de sus gentes aunque en ocasiones nubes negras turben mi ánimo. Hay vida más allá de mis playas, esas donde descanso perdida de vista la otra orilla. ¿Qué sentido tiene todo lo que vivo? ¿Está ya escrito en las estrellas? ¿O puedo yo con mano firme dibujar mi futuro, ciegos mis ojos? Me niego a quedarme anclado en expresiones que desangran mi vida cuando las digo: «*No lo entiendo, no lo quiero. No lo acepto*». Son fardos pesados que me amargan y quitan la esperanza. Sueño con encontrar miradas que saquen lo mejor de mi alma. Y me hagan disfrutar de la vida, cada día un sueño. Me gusta el valor de las lágrimas que vierto, a veces por motivos que yo mismo desconozco. Rescato el olor de la risa fácil, compartida, escondida a veces, rápida o constante. Sé que sólo vale la vida que queda enterrada en la tierra que se habita, no la vida que se pierde en vanas discusiones. Me gustan las cosas bellas que alegran la mirada. Me gusta el sonido de la buena música y el color de los atardeceres, cuando me queda tiempo para perderlo mirando el horizonte. Sin prisas, sin tiempo. Me hace gracia pensar en todo lo que Dios guarda al alcance de mis manos. Y yo pierdo el tiempo buscando en lugares equivocados. Los caminos de Dios son tan extraños. Unen y separan de forma antojadiza. ¿Cómo hace Dios para que nada encaje? Huyo de los que tienen respuestas para todo. De los que creen poder explicar su historia y encuentran lógicas escondidas en todo lo que les sucede. Me asustan los que están seguros de todos sus principios y no están dispuestos a renunciar a nada de aquello en lo que siempre han creído. Me dan miedo los que nunca se equivocan y pretenden tener respuestas y consejos para todas las encrucijadas del camino. Me gusta la música que cada día suena diferente. Y las letras que componen palabras y frases siempre distintas. Las cosas pequeñas tienen más valor que las declaraciones solemnes. Y no pretendo dar lecciones de vida sin antes haber sufrido mucho. Como leía el otro día: «*Sentía que la vida era como un torbellino de placer y dolor, ningún día se parecía otro y nunca podía estar segura de nada*»[4]. Los torbellinos, las cascadas, el agua de una tormenta que no deja atravesar caminos. Y la esperanza, siempre el paso del tiempo pone las cosas en su sitio, o las revuelve de forma definitiva. Me gustan las miradas alegres a las que nada les parece imposible. Me alegran el día los que gritan con voz suave y corren con paso calmado. Los que construyen sueños que parecían lejanos y se levantan con el alma en paz, descansados. Los que hablan bien del que parece su enemigo y no se indignan al escuchar las críticas. Me gustan los humildes de pies de barro que no han luchado en exceso por cuidar su imagen. Me he levantado cada mañana dispuesto a pintar un cuadro. Algún día compraré los lienzos y las pinturas. Sin pasión por la vida, no hay vida. Sin entregar los miedos, no hay futuro. Tengo en el alma un amor muy hondo. Con rostro humano, con ojos y voz, y el susurro constante de Jesús diciéndome que me ha llamado. No veo la luz al final del túnel cuando me pongo triste. Y no logro alejar las nubes cuando temo la lluvia. Detrás de cada mala noticia hay un silencio y una lágrima, o un suspiro. Y al acabar el llanto viene la luz de la esperanza de un Dios que me ha llamado a vivir a su lado, ¿Cómo no voy a hacerlo? Me desesperan los que son negativos con sus miradas y palabras, los que se enredan y malinterpretan juzgando. Me cansan los mezquinos que viven pidiendo cuentas y calculando todo lo que el mundo les debe. No le tengo miedo a la muerte que me habla de un futuro inmenso, eterno. He decidido dejar de controlarlo todo para que la vida siga su rumbo. ¿Quién mantendrá fijo el timón y usará los remos? La corriente del agua me lleva por caminos extraños que desconozco. Me da paz saber que tras una sonrisa se esconde un corazón grande, impetuoso. Y tras un abrazo una carne que me jura fidelidad eterna. Y tras las lágrimas vertidas una complicidad sagrada. He descubierto a Dios en la carne humana, tantas veces. Escondido, agazapado, esperando. Y me ha llamado aquel que todo lo ve a ser sus ojos, yo que nada veo. A ser su voz, yo que no sé hablar. A ser sus manos, yo que no sé amar. Pero Él cree en mí más de lo que yo creo. Sorpresa. Un Dios que ve detrás de lo escondido y me hace

[4] Lucinda Riley, Matilde Fernández de Villavicencio, Sheila Espinosa Arribas, *Las siete hermanas 1: La historia de Maia*

tener luz viviendo en las tinieblas. El sonido de la noche me llena de nostalgias. Y la luz del amanecer despierta mis pasos. He decidido emprender de nuevo el camino. No le tengo miedo a todo lo que se esconde delante de mis ojos. **Camino convencido y feliz, nada temo.**

Sueño conque la alegría reemplace siempre a la tristeza. Y la paz y la calma sucedan a la turbación y al desánimo. Sueño conque mi sonrisa cambie el mundo para evitar así que el mundo acabe cambiando mi sonrisa. Sueño conque las carcajadas inunden los silencios y la felicidad tranquila del alma termine con las lágrimas. Sé que no puedo hacerlo solo porque en mí hay siempre una lucha por vencer mis guerras interiores. Hoy escucho: *«Gritad de alegría, regocijaos por el mejor de los pueblos; proclamad, alabad y decid: El Señor ha salvado a su pueblo. Se marcharon llorando, los guiaré entre consuelos; los llevaré a torrentes de agua, por un camino llano en que no tropezarán».* Y he repetido en el salmo: *«El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres. Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar. La boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares. Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares. Al ir, iba llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas».* Es la alegría que sucede a la tristeza. La paz que llega después de la desolación. El corazón se calma. El Señor ha sido bueno conmigo y estoy alegre. Pienso en mi vida y recuerdo cómo en los momentos de dolor vino el Señor a calmar mi espíritu revuelto. Y noté cómo en medio de la tormenta, de las olas y la oscuridad, trajo Él la luz y calmó los vientos. Viene a mí para que cante en lugar de vivir desolado en un silencio triste. ¿Qué turba hoy mi ánimo? ¿Por qué el mundo me quita la alegría? Miro mi corazón y deseo que esas palabras que hoy escucho se hagan siempre realidad. ¿Dónde tiene la raíz esa tristeza que me invade? ¿Dónde nacen el desánimo y la rabia? La tristeza, la angustia, la ansiedad son consecuencia de mis pensamientos. Eso que en mi interior me da vueltas. Quisiera hacerlo todo yo, dominarlo todo, controlar la vida y pasar por encima de las injusticias y fracasos. Quisiera aprender a levantarme cuando veo que la vida no es como yo deseo. Pienso que sería feliz si mi voluntad se hiciera carne en mi camino. Creo que el éxito y el reconocimiento de los hombres me dará la felicidad. No es así. Es cierto que el alma desea una plenitud que no acaricia en la tierra, porque sueña con el cielo. Hoy me dice Dios que vendrá a mí para cambiar mi ánimo, para convertir mi tristeza en gozo, mi angustia en paz, mi soledad en amor pleno. Parece muy fácil. ¿Cómo logro que venga Dios a salvarme, a consolarme, a quitarme todo lo que me pueda hacer tropezar? No me encuentro con Él en mis luchas. Y eso que sé que viene a mí para que me levante después de haber caído. Así es su poder que me sostiene. ¿Dónde nace la alegría que busco? Brota a partir de la experiencia de ser salvado. En esos momentos en los que me siento profundamente amado por Él tal como soy, en mi miseria. En ese instante descubro que Dios tiene para mí un camino llano por el que podré caminar y encontrar la paz verdadera. Esa mirada misericordiosa de Dios es la que salva mis pasos y me saca de la angustia. ¿Qué me turba hoy realmente? Miro en mi corazón deseando una alegría que acabe con mis lágrimas y saque a la luz mis sonrisas. ¿De qué depende mi felicidad en esta tierra? En realidad todo depende del lugar en el que he puesto mi confianza, mi amor, mi esperanza. Depende de los amores erráticos que controlan mi ánimo. Depende de mis planes escritos con mi mano deseando que la vida sea lo que yo ya he dibujado. Y me turbo y pierdo la paz cuando no coincide. La felicidad es el don que le pido a Dios que suceda mientras sujeto con rabia mi vida para que no se pierda. Comenta el P. Kentenich: *«La alegría dominical supera ampliamente su alegría cotidiana. ¡Tantas alegrías hay en su vida! Ahora debemos captar con más profundidad el contenido de la alegría: no como diversión, no como si se tratase de un sentimiento más o menos fuerte de saciedad interior o de satisfacción de placeres de los sentidos»*[5]. Hay alegrías dominicales en mi vida. Son esos momentos sagrados en los que logro un éxito largamente esperado. Momentos en los que siento que el amor es pleno y no parezco necesitar nada más. Esas alegrías de domingo llenan mi corazón, me colman, pero son muy pocas. La verdad es que no todos los días son domingo. Lo cotidiano es lo habitual en mi vida. Los días monótonos y grises de semana en los que la vida es sencilla y las alegrías son pequeñas. ¿Cómo manejo esas alegrías diarias? ¿Qué hago con mis pequeñas tristezas? ¿Dejo que dominen mi voluntad, mi corazón? La alegría diaria es la que tengo que buscar debajo de las piedras. Es sólo una alegría pasajera que puede cambiarme la vida si le doy opción. Es la alegría que me encuentro saliendo de casa, cuando no la busco directamente. Son los encuentros fortuitos, los momentos sagrados que a menudo jalonan mis pasos y yo los paso

[5] José Kentenich, *Las fuentes de la alegría sacerdotal*

por alto distraído. Debo tener una actitud de búsqueda. No quiero dejar pasar las oportunidades para sonreír, para alegrarme. Mi sonrisa puede cambiar a los demás. Aunque sea por cosas de poca importancia mantengo mi sonrisa. Son las alegrías diarias las que me ayudan en mi camino. **Son las pequeñas flores que brotan de la tierra llenando mi camino de luz.**

Hoy Jesús pasa por el camino y un ciego siente su paso: «*En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo, el hijo de Timeo, estaba sentado al borde del camino, pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: - Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí*». Ese ciego no puede ver a Jesús pero puede oír que se acerca. Está atento. Despierto. Y no deja que Jesús pase de largo. Me gusta esa actitud de Bartimeo. Estaba sentado al borde del camino. Despreciado por los hombres. Ignorado por muchos. Era un abandonado por culpa de esa ceguera que lo excluía del mundo. Estaba solo y no por eso se desanima. Grita con voz potente y pide misericordia. Le grita al hijo de David. Tiene fe en su poder. No ve con los ojos pero sí con el corazón. Esa es la fe que necesito en mi vida. Creer en el poder de Dios, en el poder de las personas con las que me cruzo. Jesús simplemente pasaba delante de Bartimeo. Y él cree en Él, tiene fe y grita. No se queda pensando que no es digno. No deja que la tristeza de su carencia, de sus límites, frustren su vida. Parece imposible pensar que Jesús se detenga ante él. Era un gran profeta, tendría muchas cosas que hacer. A veces no molesto a quien necesito porque pienso que no tiene tiempo para mí. Creo que no valgo lo suficiente para ocuparle. Quizás no me valoro lo suficiente. No creo realmente en su corazón bondadoso. Creo que la primera condición para ser salvado es sentirse en peligro, sentirse enfermo, sentirse pecador. Sin esa experiencia de necesidad es imposible dar el paso y gritar. El ciego necesita ayuda, necesita una mano que lo salve, necesita una palabra que lo reconforte. Decía el Papa Francisco: «*Pero pensemos en la mirada de Jesús, tan bella, tan buena, tan misericordiosa. También nosotros cuando oramos sentimos esta mirada sobre nosotros; es la mirada del amor, la mirada de la misericordia, la mirada que nos salva. No tengan miedo*». Bartimeo no conoce aún esa mirada. No la ha visto. Pero tiene fe en su compasión. Por eso grita. Tiene una necesidad y abre la boca rompiendo el silencio. Cree que Jesús puede salvarlo de su oscuridad. Estoy ciego en mi interior. Quizás lo veo todo por fuera, pero no sé mirar dentro de la oscuridad de mi alma. No sé ver la alegría bajo mi tristeza. No sé mirar más allá de lo que ahora me preocupa. Y en mi ceguera no veo la bondad de los demás y no creo en su compasión, en su misericordia. Me cuesta ver a Jesús. No logro ver su mirada que me salva. Esa ceguera es la que no logra ver tampoco en mi corazón su fuerza, los talentos que tengo, el amor que recibo, la luz que brilla con más fuerza por encima de mi pecado. Los talentos que me construyen. Los logros que son más fuertes que mis fracasos. Esa mirada interior la tenía el ciego, a mí me falta. Yo me quedo viendo lo que está mal, lo que no ha salido bien. Me fijo en la injusticia sufrida, en la mala suerte. Pongo el énfasis en lo que me ha faltado para alcanzar la meta. Veo lo malo, no veo lo bueno. Esta ceguera mía es muy mala, me envenena, y me quita siempre la alegría y la paz. Me fijo en lo imperfecto y no me hacen sonreír las pequeñas victorias. Todo es malo cuando no es perfecto. Ciego para valorar lo bueno que hacen otros. Ciego para elogiar y enaltecer a los que más brillan. Puede que sea verdad esa frase que leía hace poco: «*Grande es aquel que para brillar no necesita apagar la luz de los demás*». Grande es aquel del que brota una luz propia. Una luz que todo lo llena de esperanza. Ser capaz de ver no implica tener luz. Hay muchos que no ven y están llenos de claridad. No pueden ver lo exterior. Pero su intuición interior les permite ver lo que hay en el corazón. En el propio y en los ajenos. Ser capaz de ver con mi alma. Y no pensar que sólo los ojos son los que captan la vida. Esos ojos míos son los que necesito cuidar, los ojos del alma. No quiero estar ciego para poder ver a Dios caminando a mi lado. Me levanto del borde del camino en el que me encuentro y le grito que se detenga, que tenga compasión de mi miseria, de mi debilidad. Soy ciego para ver las cosas importantes. Hoy busco un milagro. Que Jesús me toque los ojos del alma y les devuelva el brillo. Mientras tanto grito a Jesús para que me oiga. Si no grito nada pasa. A mi alrededor muchas personas gritan. Están llenas de ira o desprecio. La rabia me hace perder la visión objetiva de las cosas. Cuando la rabia me domina me vuelvo totalmente subjetivo. Percibo la realidad desde mi herida. Y hago daño porque estoy herido. No veo la bondad de los demás. Sólo veo su pecado, su torpeza. Y reacciono haciendo daño. Quiero una mirada que me permita ver a mi hermano en su complejidad. Ver su vida como es y esa historia que lo marca. Comprender que detrás de su propia rabia hay razones que no veo y no entiendo. comprender no significa aceptarlo todo. Simplemente me pongo en su lugar y miro con sus ojos.

Desde su lugar la vida puede tener otro color. Desde su ceguera el mundo se ve o no se ve de la misma manera que lo hago yo. Pido a Dios que me sane de la ceguera a mí y **a todos los que sufren por no poder ver la realidad como es y mirarla sólo desde su punto de vista.**

Jesús se detiene ante Bartimeo y lo manda llamar. Jesús no tiene prisa en medio de su vida. Siempre tiene tiempo para lo urgente, para lo realmente importante. Esa voz de Bartimeo detiene sus pasos: «*Muchos lo regañaban para que se callara. Pero él gritaba más: - Hijo de David, ten compasión de mí. Jesús se detuvo y dijo: - Llamadlo. Llamaron al ciego, diciéndole: - Ánimo, levántate, que te llama*». Los gritos lo detienen. Me gustaría tener esa actitud en la vida. Cuando me gritan y me piden que detenga mis pasos. Cuando me exigen que cambie mis planes. Cuando lo urgente tiene prioridad por encima de lo programado e importante. Me cuesta tanto cambiar lo que tenía pensado. No quiero alterar mi agenda, mi rumbo, mis actividades. Son importantes, pienso en mi corazón. Son valiosas. No quiero renunciar a ellas. No estoy dispuesto a cambiarlo todo. Pero Jesús me dice hoy cómo tengo que ser. Jesús tiene compasión y se detiene. Da un alto a su paso. Altera su rumbo. Se vuelve flexible dejando a un lado la rigidez. Me gusta esa forma de ser que envidio en muchos. Esa capacidad para abrirme a lo inesperado, a lo nuevo, al imprevisto. Ser capaz de alterar lo mío, de dejar a un lado mis pretensiones y búsquedas. Esa actitud ante la vida me hace libre, me predispone para acoger lo nuevo, lo novedoso, lo que de verdad tiene valor. Si me cierro a la novedad, me cierro a la vida. y no aprendo a ver a Dios escondido en todo lo que me sucede. Los imprevistos son llamadas de Dios a seguir sus pasos allí donde me encuentro. Hace falta tener un corazón libre, no apegado, sin cadenas. Quisiera ser siempre así. Detener mis pasos ante el que me necesita, ante el que me llama pidiendo ayuda. No quiero pasar de largo ante el enfermo que vive en su angustia el dolor. Esa capacidad para adaptarme es la que deseo todos los días. Miro a Jesús y me emociona ver su comportamiento, su mirada. Lo llama, se detiene ante el hombre ciego y le pregunta: «*Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le dijo: - ¿Qué quieres que haga por ti?*». Esa es la pregunta que siempre abre el corazón. El otro día en una serie de televisión el director de un hospital les hacía esta pregunta a sus subordinados: «*¿Qué puedo hacer por ti?*». Esa pregunta abre el corazón del que necesita ayuda. Normalmente nadie me pregunta eso. Cada uno va a lo suyo, angustiado por sus propios problemas. Yo tampoco lo pregunto, no vaya a ser que me pidan algo que no pueda dar. Tengo miedo a hacer una pregunta que me compromete. El que se ofrece preguntando de esta manera se ata y se obliga a ser fiel a lo que ha ofrecido. No puedo luego desentenderme del que me pide ayuda. Una pregunta tan valiente me impresiona. ¿Estoy dispuesto a preguntar lo mismo a los que están a mi lado? ¿Sé lo que necesitan, lo que les falta, lo que precisan de mí? Me da miedo preguntar algo así a los que amo y me aman. ¿Me exigirán más de lo que estoy dando? ¿Superará su pretensión lo que estoy capacitado para dar? Siempre el miedo a perder mi libertad, mi espacio, mi tiempo. El miedo a que me quiten la fuerza, la alegría y me agoten. Jesús siempre pregunta lo imposible. Y entonces le piden un milagro: «*El ciego le contestó: - Maestro, que pueda ver. Jesús le dijo: - Anda, tu fe te ha curado. Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino*». Pide el ciego lo que es evidente. Necesita ver. No logra ver lo que le rodea. Como yo en mi propia ceguera tampoco puedo ver. No logro ver la verdad de las personas. No logro entrar en su corazón. No sé lo que necesitan y no me atrevo a preguntar. No sé hacer milagros, no puedo. Quiero ver yo también y me gustaría que otros vieran gracias a mi luz, a mis palabras, a mi forma de ser y de actuar. Me gustaría mostrarles a los demás su propia verdad, lo que hay en su corazón, su valor y sus méritos. No logro que vean y descubran el oro escondido en su alma. Ni logro mostrarles su belleza a los demás. Ni siquiera logro ver mi propio valor y belleza. Necesito un milagro. Como el ciego le grito a Dios que tenga compasión de mí y me enseñe el valor de la vida. Las cosas importantes, la belleza de mi propio corazón. Que logre ver al que me grita mientras vive apartado al borde del camino. Que me fije en el menos importante y a la vez más necesitado. Que tenga paciencia con el que grita, con el que necesita mi presencia y me lo hace saber. Ese que grita es el necesitado, el enfermo, el abandonado y rechazado por muchos. Yo quiero cambiar mis planes por amor al más pequeño, al más olvidado del mundo. No me quedo en aquellos a los que más valoro. Salgo de mí mismo y hago esa pregunta que me saca de mi comodidad: «***¿Qué quieres que haga por ti?*». Esa pregunta me salva.**